

INVESTIDURA DEL DOCTOR JUAN CARLOS TEDESCO
DOCTOR HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSITAT DE GIRONA

DISCURSO DEL DR. JUAN CARLOS TEDESCO

Dr. Sergi Bonet, Rector de la Universidad de Girona

Dra. Rosa María Aleixandre, Presidenta del Consejo Social

Dr. Ricardo Rigall, Secretario General de la Universidad de Girona

Dr. Josep M. Serra, Decano de la Facultad de Educación y Psicología

Dr. Alvaro Marchesi, Secretario General de la O.E.I.

Queridos amigos y amigas

Quisiera que mis primeras palabras en este acto sean para expresar mi más profundo agradecimiento a las autoridades de la Universidad de Girona por su generosidad al otorgarme esta distinción tan importante, al Dr... por sus palabras también muy generosas y a todos ustedes, por su presencia y su compañía en esta ceremonia. Quiero, también, pedirles disculpas por no ser capaz de pronunciar este discurso en catalán. Resistí la tentación de comprometer a mis amigos para que me ayudaran con la traducción pero creí más honesto, intelectual y políticamente, que me exprese en mi lengua, el castellano, sabiendo que seré comprendido y respetado, así como ustedes deben ser comprendidos y respetados en la vuestra.

Si bien agradezco esta distinción como un reconocimiento a una trayectoria personal, creo que debe ser percibida como una muestra de la relevancia con la cual la Universidad de Girona considera a la educación, tanto desde la perspectiva del trabajo académico como desde su papel en la construcción de sociedades más justas. Por esta razón, les ruego me permitan que dedique estas palabras de agradecimiento por la distinción que la Universidad me está otorgando, a reflexionar sobre los desafíos que enfrentamos los educadores, y todos aquellos que trabajamos en la producción y distribución de conocimientos, cuando queremos orientar nuestro desempeño en la dirección de la justicia social.

Vivimos tiempos turbulentos y paradójales. Por un lado, se repiten y generalizan las demostraciones de reconocimiento al papel de la educación en los procesos de construcción de mayores niveles de justicia social. Quizás el último aporte sobre este tema lo constituya el libro de Thomas Piketty sobre el capitalismo del siglo XXI, que ha provocado un fuerte impacto, particularmente entre los economistas tanto de Europa como de los EEUU. Piketti muestra, con información muy exhaustiva acerca de los procesos históricos de largo plazo, que la difusión de conocimientos y de competencias constituye el principal factor de justicia social. Pero todos sabemos que las formas que adquieren los procesos de producción y difusión de conocimientos han cambiado a lo largo de la historia. Hoy nos hemos habituado a escuchar que estamos ante nuevos paradigmas, nuevas amenazas y nuevas panaceas. El análisis riguroso de la realidad de este nuevo capitalismo, sin embargo, nos indica que las formas pueden ser nuevas, pero los problemas se parecen mucho a los antiguos. El aporte de Piketty tiene la virtud de mostrar que estamos volviendo a la acumulación económica en base a la renta financiera manejada por dinastías familiares, lo cual provoca no sólo el aumento de los índices de desigualdad sino su reproducción sobre bases que erosionan las ilusiones que teníamos acerca de la meritocracia. La paradoja de esta situación es que estaríamos más cerca de la realidad social existente en los finales del siglo XIX que a mediados del siglo XX. Buena parte de las conquistas de justicia social obtenidas en la segunda mitad del siglo pasado –los “treinta gloriosos” - están hoy bajo serios riesgos de amenaza.

No intento subestimar la profundidad de los cambios que estamos viviendo. Sólo sugiero prestar mucha atención al **sentido** de esos cambios. Este nuevo capitalismo se apoya en la centralidad de la innovación tecnológica por un lado pero en un fuerte déficit de sentido por el otro. Ambos aspectos están estrechamente vinculados, ya que la rapidez y la significativa variedad de las innovaciones tecnológicas provoca una tendencia a concentrar todo en el presente, en el *aquí y ahora* y en el *nada a largo plazo*. La historia nos enseña, sin embargo, que las sociedades no soportan por mucho tiempo estos vacíos de sentido y tienden a cubrirlos de alguna forma. El peligro político, social y cultural más serio que enfrentamos en estos momentos es que el déficit de sentido sea ocupado por visiones fundamentalistas, ya sean las de tipo

fanático-autoritario o las de individualismo a-social y de mercado. Ambas opciones están hoy presentes en gran parte del planeta y frente a ellas, es necesario postular una alternativa, basada en el ideal de construir una sociedad más justa, donde la educación está llamada a jugar un papel crucial.

Sostener que el vínculo entre educación y sociedad debe estar definido por el ideal de justicia constituye, obviamente, una toma de posición ético-política, donde se ponen en juego nuestros valores y nuestra responsabilidad como científicos y como ciudadanos. Pero como educadores, además, estamos frente a un desafío específicamente pedagógico y de gran complejidad que se resume en las preguntas acerca de ¿cómo se forma una inteligencia socialmente responsable? y ¿cómo se promueven sentimientos y valores de adhesión a la justicia social?

Al respecto, vale la pena recordar y retomar algunos de los postulados de Habermas acerca de los dilemas filosóficos y políticos contemporáneos. Para Habermas, los ciudadanos de hoy se ven confrontados con cuestiones cuyo peso moral supera ampliamente las cuestiones políticas tradicionales. Estaríamos, según su enfoque, ante la necesidad de "moralizar la especie humana". Al analizar las consecuencias de la manipulación genética, por ejemplo, Habermas indica que el desafío que tenemos por delante es el de preservar las condiciones sobre las cuales se basa nuestro reconocimiento de que actuamos como personas autónomas, como autores responsables de nuestra historia y de nuestra vida y que, desde ese punto de vista, somos todos iguales. Mantener cierta parte de azar y de contingencia en nuestro capital genético no sería una resistencia a la modernidad, sino un acto político producto de una actividad moral auto referencial, que se corresponde sociológicamente con el desarrollo de una modernidad y una ciudadanía reflexiva. Dilemas semejantes podemos encontrar en los debates acerca de la protección del medio ambiente, de las políticas de inclusión social o de las políticas económicas.

Los niveles de responsabilidad que exigen estas decisiones son inéditos. Sin embargo, y aquí nuevamente enfrentamos otra de las paradojas de nuestros tiempos, el aumento de los niveles de responsabilidad exigidos a las decisiones individuales y sociales se

produce al mismo tiempo que disminuye la posibilidad de promover una moral absoluta, una moral basada en obligaciones frente a exigencias ya sean de tipo religioso o secular. Vivimos, para usar la expresión de Gilles Lipovetsky, una etapa de moral "emocional", una moral sin obligaciones ni sanciones, una moral indolora y no imperativa, adaptada a los nuevos valores de la autonomía individual.

Frente a estos desafíos, el reto que enfrenta la pedagogía es el que se refiere a la formación de una inteligencia responsable, que supere la idea de una moral sin base científica y de un desarrollo científico sin control moral. La primera nos lleva a la impotencia o a la pura retórica, mientras que la segunda nos puede conducir al desastre, como ya vivimos en pleno siglo XX.

En su relativamente reciente libro sobre la sociedad de los iguales, Pierre Rosanvallon evoca la *paradoja de Bossuet* para describir el comportamiento ciudadano con respecto a los valores de la justicia social. Según dicha paradoja, los seres humanos deploramos en general aquello que aceptamos en particular. El rechazo general a este nuevo capitalismo que provoca niveles inéditos de desigualdad, se acompaña con la aceptación de los mecanismos que la producen.

Para los educadores, lo más relevante del enfoque de Rosanvallon se encuentra en su intento de analizar la dimensión epistemológica y cognitiva que está detrás de esta aparente contradicción en el comportamiento de los ciudadanos. Su análisis indica que para la condena de situaciones globales, las personas se apoyan en hechos, datos e informaciones objetivas. Para la aceptación de situaciones particulares, en cambio, se toman en cuenta intereses y elecciones individuales.

La paradoja de Bossuet nos coloca frente al desafío pedagógico de diseñar estrategias que permitan superar la dicotomía entre adhesión general y rechazo particular. Desde esta perspectiva, es necesario que avancemos en el diseño de experiencias de aprendizaje que permitan comprender que una situación particular está (o debe estar) articulada con principios y situaciones generales. O, a la inversa, que la adhesión a un principio general está (o debe estar) articulada con mi conducta personal. En

cualquiera de los casos, es necesario asumir que estas experiencias de aprendizaje que generan un salto cognitivo tan importante, exigen un gran esfuerzo de *reflexión*. En pocas palabras, lograr altos niveles de adhesión a la justicia social es, desde este punto de vista, un objetivo ético y cognitivamente muy exigente, que vale tanto para nuestros estudiantes como para nosotros, los profesores e investigadores.

Las Universidades tienen, en este contexto, un papel específico y relevante. La articulación entre sociedad y conocimiento asume hoy nuevas formas y dimensiones, que nos obligan a reformular una de las preguntas clásicas de nuestras casas de estudio: ¿cómo se forman las elites dirigentes?. Si bien en una sociedad democrática la distinción entre los miembros de las elites dirigentes y el resto de la ciudadanía es una distinción dinámica, lo cierto es que la responsabilidad por las decisiones es mucho mayor en aquellos que manejan las áreas más sensibles desde el punto de vista de las consecuencias de sus decisiones: los científicos, los dirigentes políticos, los dirigentes empresarios, todos ellos –en mayor o menor medida- formados en nuestras instituciones de educación superior.

En definitiva, y termino con estas palabras, creo que el compromiso con la justicia social y con el conocimiento deben formar parte de la cultura profesional de todos los que nos dedicamos a la enseñanza y a la investigación. Se trata, paradójicamente, de recuperar las mejores tradiciones del papel del maestro en la sociedad. Dichas tradiciones ubican al maestro, al profesor, al docente, como un actor social y no como un mero funcionario o empleado público. Y recuperar ese papel es muy urgente, ya que la educación anticipa el futuro. Si queremos construir una sociedad justa, debemos desde ahora garantizar una educación justa, de calidad para todos.

Señor Rector y autoridades de la Universidad de Girona, señores profesores, académicos, queridos amigos y amigas, muchas gracias por esta distinción y espero hacer honor a esta causa y a esta casa.

Juan Carlos Tedesco

Girona, 1 de octubre de 2014